

# NUESTRO TIEMPO

## SOLIDARIDAD

Jurista diestro el primero que usó esta palabra. Envolvió con ella a todo un continente en un mundo de obligaciones. En las mentes latinoamericanas suena con acento peculiar que engaña sobre su verdadero significado. Para nuestra sensibilidad suscita la idea de fraternidad, espontánea y libremente sentida. Si de ella se derivan obligaciones no se piensa en las de un contrato sino en las que genera el afecto, ilimitadas como tales.

No se sabe si los estadistas lobunos que la escriben ahora como Shylock enarbolaba la fianza de Antonio, han tenido en cuenta la deformación que habría de sufrir al pasar por nuestros corazones, pero podemos colegirlo del conocimiento de la psicología del cliente que su técnica comercial les impone. Debe descontarse que han usado deliberadamente el equívoco.

Además, los pueblos de origen católico padecen una lamentable tendencia a admitir cambios de sentido en el vocabulario, o sustituciones de términos con que el espíritu laico adultera nociones enseñadas por el Catecismo. Las doctrinas del cuerpo místico que es la Iglesia, de la unión recíproca entre los justos que el salmo describe "cujus participatio ejus in idipsum", de la reversibilidad de las acciones, han sido traspuestas por el positivismo al materialismo biológico para ofrecerlas luego a los desprevenidos bajo el término solidaridad usado por los legistas.

Cargado de vagas analogías científicas, fisiológicas, para sus conscientes introductores, ese término, restituído a su sentido propio, comporta un mecanismo de derecho de alcances exorbitantes. Entre dos países no cabe solidaridad real sino meramente figurada, aun cuando los vincule la comunidad de procedencia, lengua, cultura y religión. ¿Qué decir de la solidaridad entre grupos de países, notoriamente distintos bajo todos esos respectos? En un ejemplo actual, cierta nación ha usado hasta hace poco tiempo la locución despectiva "South America" para expresar el juicio que le merecía un conjunto de naciones menos bien dotadas en cuanto a la "survival of the fittest". Es simplemente ridículo creer que un factor nuevo como, por ejemplo, la repentina necesidad de ayuda que el grupo "fittest" experimenta respecto de pueblos considerados biológicamente inferiores, pueda engendrar tal comunidad de intereses que haga posible la solidaridad.

¿De qué "todo" podemos constituirnos corresponsables los débiles? Se nos obliga a entrar en una alación irrealizable. Los que dominan la "science of power" aportan hierro, los pueblos afectivos, benévolos... e imprevistos (la América ingénuo, de Darío) no pueden traer más que arcilla de artistas. Aunque las dos porciones han sido echadas en el gran horno de las conferencias y de los congresos, todo el fuego atizado no puede lograr que amalgamen materias tan disí-



Vade, et tu fac similiter

El Evangelio de la dominica doce después de Pentecostés (20 de agosto) nos propone la virtud teologal de la caridad, observada íntegramente con el doble amor de Dios y del prójimo, (parábola del buen samaritano) como la gran condición para conseguir la vida eterna.

miles. Quienes se han dejado persuadir y sujetar por las palabras no comprenden que el "in solidum" no existe más que en el papel de las disertaciones y para la conveniencia de los fuertes.

Brunetière en una conferencia sobre la idea de solidaridad, advertía que el vocablo tomaba de la raíz científica cierto sesgo inevitable hacia un tipo de relaciones "necesarias". "Debemos entender la palabra solidaridad —decla— como sinónimo de "necesidad". Nos encontramos trabados, atados, por decir así, apresados en una red de "causas y efectos que no podemos romper. Económicas, civiles, públicas, las leyes sociales se convierten en leyes naturales, o como se ha dicho en leyes de bronce, y so "capa de solidaridad no habrá presión o tiranía que en un momento dado de la historia no se pueda justificar con ella".

La "polis" helénica procura un ejemplo de ese tipo de solidaridad fatal hacia el que, expresa o inconscientemente, quieren encaminarnos los estadistas que pretenden organi-

zar así las fuerzas continentales americanas. En Grecia, la felicidad de diez mil ciudadanos contribuyentes dependía de la anónima muchedumbre de cientos de miles de ilotas y esclavos, no sólo privados de participar en las asambleas políticas de la "ecclesia" donde luchaban las oligarquías y el demos, sino del más ínfimo derecho de pensar y obrar por cuenta propia. Eso es lo que se conoce con el nombre de democracia griega, dicho sea de paso. Los esclavos, producto de los triunfos militares de una ciudad sobre otra, en su mayor parte, no eran consultados sin duda para darles el lugar que se les asignaba en el orden civil, pero sin ellos la vida antigua no habría podido desarrollarse y por eso eran verdaderamente solidarios de hecho de la grandeza y la prosperidad de Atenas, Esparta o Megara.

En nuestro tiempo la subsistencia de los principios cristianos en la sociedad, obliga a buscar formas de derecho en que la coacción quede encubierta por los convenios y los pactos suscritos con aparente libertad. Mediante conversaciones y congresos, a su vez preparados por trabajos diplomáticos hábil y pacientemente conducidos, los pueblos débiles van siendo inducidos a admitir el planteo jurídico que interesa a la nación "más apta", ya que en ésta la ambición de hegemonía al inspirar una política de alcances seculares, conforma hasta la misma mentalidad de los juristas. En los Estados Unidos, verbi gratia, el derecho es el propio de una nación Leviathan y no el de una sociedad preocupada por el reino de Cristo. Por eso hasta los congresos de ciencias jurídicas pueden ser responsables de la enagenación progresiva de la propia voluntad en las naciones débiles. Allí se sientan los principios que, una vez admitidos, operarán luego en forma incoercible a lo largo del trámite de conquista. El anecdotario de esta gestión está lleno de ejemplos que prueban la complicada malla de influencias ejercidas con método tenaz hasta lograr la apetecida adhesión, las cuales llegan hasta la coacción más violenta o a los procedimientos de más frío cinismo en caso de resistencias ocasionales y demasado firmes.

El panamericanismo comienza en 1889. Su médula es el proceso de sujeción jurídica de las Américas débiles a la América de los dolicéfalos rubios, de los "men of conquest". La nación Leviathan se ha sentido incompleta sin la base económico-política que la propia geografía se encarga de dibujar a sus pies como símbolo de un "deber ser" histórico. Y se comprende por qué apeló al mito de la solidaridad que moviliza todo el sistema de imágenes gratas a la sensibilidad afectiva de los sureños, mientras paralelamente emprendía la domesticación de las voluntades remisas con la paciencia que prestan los deseos verdaderamente profundos.

No es difícil probar para ludibrio de nuestros pretendidos hegemones, que el concepto de solidaridad no tiene sentido propio sino en la órbita del derecho privado, como institución proveniente de la época romana, Y

## SUMARIO

NUESTRO TIEMPO: Jerarquía de Problemas. — M. E.: Solidaridad. — CARLOS BERTACCHINI: El problema médico frente al enfermo. — SANTIAGO DE ESTRADA: San Bernardo. — MARCELO SÁNCHEZ SORONDO: Nota

breve. — LOUIS LE CARDONNEL: Bosquejo de Sauro. — PABLO HARY (h.): Problemas del Campo. — PEDRO A. SAENZ: Festival Mauri-

ce Ravel. — GASTÓN TERÁN E.: Vida intelectual. — JUAN ANTONIO BALLESTER PEÑA: Dibujos de San Bernardo y de "Vade, et tu, similiter". — Dibujos de FRANCISCO FORNIELES y viñetas de JOSÉ M. CANTILLO.



Siendo ya, podría continuar (y, todavía, aun así no por mucha tiempo) sino como un vis a tergo de esa sociedad que reconoce su fin en la realización del individuo concreto y de la existencia de las estructuras sociales que tal posición implica. Verdad es que una socialización total de la producción permitiría superar las trabas que hoy imposibilitan el ideal de una distribución de los bienes materiales proporcional a las necesidades elementales de cada uno, pero no lo sería menos que la abolición de la propiedad privada y la consiguiente regimentación de la vida privarían a la personalidad humana de sus sostenes esenciales y que, de ese modo, queriendo beneficiar en abstracto al hombre, se atentaría, en la realidad, contra el hombre concreto, verdadero y sustancial. He aquí, pues, una primera condición para que toda reforma social no resulte un espejismo engañoso, esto es, que ella observe como un postulado ineludible la integridad individual del hombre concreto. Si el hombre no fuera más que un simple agente de consumo los marxistas tendrían razón; pero, aun considerándolo del modo más restringido dentro de las propias perspectivas económicas, el hombre requiere ser mirado también como productor, y ello implica ya que deba serlo en sus exigencias de persona, ser sustancial completo, en la immanencia de su yo.

El problema médico, que hoy se presenta en caracteres de crisis, no difiere esencialmente de los demás de la moderna economía: abundancia de medios humanos y técnicos para aliviar y para curar como nunca, y por otra parte una precaria aplicación de tales medios y una paralela mala retribución de los servicios profesionales de los médicos. Decir que el problema médico, ni aun en cuanto atañe sólo a los profesionales de la medicina se reduce simplemente a una superabundancia de aquéllos, cuando se asiste al espectáculo desgarrador de una multitud de enfermos para quienes no alcanza una verdadera y humana medicina, equivale a decir que el hambre y la miseria toda existen en la tierra no más que por la superabundancia de alimentos. La verdad es que esas estructuras intermedias que regulan el bien social, en abstracto, para derivarlo al individuo concreto sin menoscabo de la personalidad —según las formas tradicionales de la sociabilidad humana— exigen, no ya ser suprimidas, pero sí reajustadas. El reajuste general de la economía social debe atender muy especialmente al orden médico, aunque no ante todo desde el punto de vista gremial —en sí muy respetable— sino atendiendo preferentemente al cumplimiento de los fines de la medicina, que son los que dan razón objetiva de ser a la profesión médica. El ejemplo del médico es, precisamente, el usado por Platón para refutar al sofista, para quien el fin del gobierno era el propio bien del gobernante y no el de los gobernados. "Así, pues, el médico, como tal —afirma Sócrates en el diálogo de la República— no se propone obtener ni ordenar aquello que le es más ventajoso sino lo que más conviene a un enfermo. ¿No estamos conformes en que el médico, como tal, gobierna al cuerpo y no es un mercenario?" Platón no niega que el gobernante tenga derecho a retribuciones y honores pero sí que la razón de la existencia del gobierno sean tales retribuciones y honores y no el bien del pueblo; una vez satisfecho adecuadamente el mismo, y sólo entonces, quedaría justificada la retribución al gobernante. Análogamente, toda exigencia de carácter gremial debe estar sometida a la condición *sine qua non* de que ella no contradiga los fines de la actividad profesional a que ese gremio se ordena, como tampoco se oponga a las demás exigencias humanas, super-gremiales y super-económicas, y, aun con más universalidad, super-sociales. El problema médico, que hoy se nos manifiesta en "términos de angustia", es, asimismo, algo que obliga a una consideración más que puramente gremial o puramente económica, esto es, que hace necesario contemplar, previamente a todo, y en perspectiva jerárquica, los fines objetivos de la medicina y las necesidades de los enfermos.



Se advierte desde hace algunos años una corriente subrepticia que tiende a disminuir el espíritu humanitario, propio de la medicina tradicional, el espíritu de caridad, propio de la medicina cristiana, para sustituirlo por el de un utilitarismo higienista que se dirige, no tanto a ejercitar en los enfermos el segundo mandamiento de amor como a obtener ventajas materiales para los sanos, aun a costa de aquéllos. La medicina, ciencia y arte de aliviar y curar al enfermo, retrocede así, estupefacta, frente a los avances apenas disimulados de la higiene, ciencia de la prevención, sobre todo colectiva, de las enfermedades. No se trata ya, tanto de asistir humana y cristianamente a los padecimientos de nuestros deudos y de nuestro prójimo, como de evitarnos a los que aun estamos vivos y sanos el dejar de ser lo uno o lo otro. He aquí pues que, respecto al prójimo, el fin de la vida no sería ya el amor sino el placer, o bien cualquiera otra conveniencia utilitaria, individual o colectiva. La enfermedad y la muerte parecerían, asimismo, constituir para el hombre de nuestros días como un mundo de cosas accidentales y temporarias frente a una supuesta continuidad sustancial de la vida, de la salud y del placer, o de las instituciones, en los que todavía no han enfermado para morir. La vida parecería un barco veloz que a medida que avanza arroja sus muertos a un mar sin límites en el que ellos se pierden para siempre de la vista de los viajeros. Más legítima sería, sin embargo, la imagen de un mar inmenso cuyas olas serían las manos invisibles de los muertos, que empujan la mole pesada y vacilante de un barco sin gobierno. La solidaridad en el dolor de los seres amados es el fundamento vivo de toda asociación humana y el recuerdo de los que han sido, la razón de la continuidad histórica de las sociedades. Frente a la vida que al renovarse, idealmente considerada, se destruye constantemente en la verdadera realidad de los seres sustanciales que mueren, no es tanto el presente, fugaz y cambiante, ni el porvenir, mera presunción de lo desconocido, lo que hace que los hombres se sientan en verdad identificados de alguna manera, sea en la familia o en la Patria, que son los fundamentos primordiales del Estado. Junto con el menosprecio hacia los enfermos, derivado de esa concepción práctica —sea de corte individual o colectivista, tanto da— de la vida, a que hemos aludido, resalta consecuentemente en nuestros días una patente disminución del sentido del recuerdo y de la reverencia debida a los que nos precedieron en los caminos de la vida y de la muerte, sentido reverencial del que los antiguos nos dieron los más grandes ejemplos. Eneas se olvida momentáneamente de su mujer para salvar a su padre inerme de la venganza de sus enemigos y sólo cuando el anciano queda a salvo vuelve al horror de la ciudad saqueada, llenándola con ese grito que atraviesa los siglos, ese "¡Creusa, Creusa!", cuya réplica cristiana podría ser ese otro "¡Enrique!" del Fausto.

Este rebajamiento del sentido del amor a los enfermos se complica con las tendencias de tipo colectivista que conmueven al mundo, y así, se podría decir que el problema de la medicina y de la higiene sería hoy un

aspecto más del gran conflicto individuo-sociedad. Pero cualquiera que sea la posición particular adoptada frente a tal conflicto, quien se sitúa dentro de los principios clásicos de la civilización occidental y cristiana, ha de admitir necesariamente que el fin primordial de la sociedad es el desarrollo de las personas concretas que la forman, y que si bien la sociabilidad exige sacrificios parciales de los individuos en atención al bien común, existen derechos individuales absolutamente inviolables y normas jurídicas que determinan restrictivamente los casos de legítima subrogación de lo individual en beneficio social. ¿Qué añade el enfermo, en su condición de tal, a estas condiciones? Que en su dolor y su agonía, su derecho de persona, a ser considerado fin y no medio, debe ser doblemente respetado, aun con prioridad frente a los sanos. La higiene pública tiene una gran función social que llenar y ella debe merecer el más decidido apoyo de los particulares y de las instituciones públicas; pero la acción de la higiene, si no quiere asumir la contradicción de todo colectivismo excesivo, debe ceñirse, naturalmente, a los principios que la moral y el derecho natural imponen, especialmente en lo que se refiere al trato de los enfermos, como también (no está de más agregarlo) a las exigencias del culto hacia aquellos que dejaron de ser enfermos sin volver a ser sanos. Es urgente liberar la conciencia de los médicos y del mundo entero de esos prejuicios higienolátricos en razón de los cuales el enfermo está dejando de ser el objeto dilecto del amor al prójimo —Cristo entre nosotros, el más afligido, el más pobre de todos, Cristo ya en la Cruz, luego del trauma, Cristo ya *enfermo*— para convertirse ante todo en un asunto de curiosidad científica o de interés económico-social.

Esta revisión general de los fines de la medicina ayuda a situar convenientemente los problemas derivados de este, en sí muy legítimo deseo, de hallar para la medicina normas más convenientes que las excesivamente espontáneas que hoy la rigen en el orden económico-social. Siendo, pues, el objeto principal de la profesión médica la aplicación en el enfermo concreto de un arte dirigido a ejercitar en los que sufren el mandamiento natural y divino del amor al prójimo, sólo serán legítimas aquellas normas que respeten ante todo tal objeto. Pero nada más erróneo que considerar la medicina una ciencia exacta, o simplemente, una pura ciencia. Por el contrario, la medicina implica, formalmente, una actividad intelectual revestida de todas las manifestaciones de un arte, de un actuar en el caso concreto, unido aquí íntimamente al caso individual, no sólo a la enfermedad y al enfermo, en cuanto enfermo, sino también al carácter permanente y a la idiosincrasia psicológica y fisiológica habituales de cada uno. He aquí, pues, que el arte de curar requiere otro arte, extramédico, que es el arte de elegir médico, que ha de ejercitar aquel que "antes que se formase Estado ninguno" recibió de la naturaleza "el derecho de cuidar de su vida y de su cuerpo" (*Responsum Novarum*, art. 15), es decir, el propio paciente. Pero si aun en los oficios comunes la libre contratación es de una exigencia primaria, en la medicina lo es con mucha más razón. Una vez elegido libremente su médico (cuya libertad será la principal condición del alivio moral del paciente) éste quedará en manos de su médico en un abandono poco menos que total de su voluntad, ya que, por regla general, la prudencia del médico ha de subrogar casi totalmente la del enfermo. Sobre esto se expresa muy categóricamente un médico contemporáneo:

"Hay mucha gente —dice el Dr. Harry Roberts— que tiene una idea equivocada del tipo de relación que debería existir entre un médico y su enfermo. Es una relación de tipo muy personal, y tratar de ella en términos de las relaciones impersonales que pueda haber entre el fabricante de una lámpara, por ejemplo, y el que la utiliza, es absurdo. En primer lugar, aun por razones técnicas, es esencial que la relación sea con-



## SAN BERNARDO

Las Catedrales y las grandes Abadías eran el lujo de la sociedad medioeval. Obispos y Abades eran reyes y príncipes de aquellos pueblos santos. Y entre los productos de la tierra, puesta al servicio de Dios, descollaba

la piedra primorosamente labrada en imágenes, muros, ofivas y capiteles. La divina alabanza era el ideal a que todo tendía y el monje de coro el arquetipo más caro al corazón del hombre. Los ojos enfermizos de los novelistas románticos, cuando han querido asomarse a la Edad de Oro, encandilados por tantos fulgores, no han llegado a ver la Cruz y no han percibido que esos fulgores son precisamente el brillo de la Cruz. Los

tinuada, pues toda la historia pasada del enfermo, tanto médica como psicológica y de ambiente, ejerce una verdadera influencia sobre el tratamiento de la enfermedad. En segundo lugar esa relación debe ser secreta e íntima. Y por último, si el enfermo ha de sacar algún provecho de la asistencia de su médico, tiene que tener confianza, no sólo en su habilidad profesional, sino en la simpatía, interés y entusiasmo con que desempeña su misión, es decir, que tiene que mirarle como un amigo, en el verdadero sentido de la palabra.

"Fácil es de notar lo ridículo que sería pensar que una relación de esa naturaleza pudiese ser normalizada y arreglada por orden administrativa. La íntima esencia de ella es la voluntariedad, y tanto valdría escogerle a un hombre la mujer con quien habría de casarse, que elegirle su doctor. No hay progreso científico que pueda compensar de la pérdida de aquel espíritu de afecto, simpatía y comprensión que solíamos asociar con el mejor tipo del médico de familia".

En íntimo acuerdo con todo esto se expide, asimismo, el informe sobre seguridad social en Gran Bretaña, de Sir W. Beveridge. La Comisión considera, de acuerdo con la Asociación médica británica, que la libre elección, tanto para el enfermo como para

el médico, es imprescindible para un buen servicio médico, porque "un buen médico es tanto un amigo como un clínico".

Por nuestra parte añadiríamos que la libertad de elección, de su médico por parte del enfermo, especialmente, es, dada la naturaleza particular de las relaciones entre uno y otro y las exigencias morales y aun técnicas del arte médico, de una importancia y una exigibilidad análoga a la de la propiedad privada con respecto a otras formas de relación económico-sociales.

Todas estas reflexiones, que quisieran ser el alegato de los enfermos en el debate acerca del problema médico, tienden, precisamente, a sentar el siguiente principio: Que la libertad de elección de su médico por parte del enfermo es una exigencia de condición *sine qua non* de toda verdadera medicina y que sean cuales sean las soluciones que se propongan para resolver el problema médico, en cualquiera de sus aspectos, y con relación a cualquiera de los intereses en él en juego (inclusive los de los enfermos) ellas deben dejar a salvo tal exigencia, so pena de absoluta nulidad jurídica y moral.

CARLOS BERTACCHINI.

historiadores herejes desde el fondo de su estereotipo no han visto ni siquiera el brillo. Por románticos y por herejes, unos y otros no pueden apreciar cómo el triunfo de la Santa Cruz constituye la esencia de la Edad Media.

San Bernardo cierra el ciclo de los Padres de la Iglesia y abre la era triunfal. Su carne crucificada, serio instrumento de un alma inundada por la Gracia, en medio de mortificaciones constantes, era mudo testigo de su indestructible unión con Dios. Doctor universal, Patriarca de cenobitas, infatigable monarca de la Unidad, consejero de Papas y príncipes, Maestro de Caballeros y, sobre todo, no igualado cantor de la Santísima Madre de Dios, Bernardo es la figura más notable del siglo XII. Su fuerza radica en la adhesión a la Cruz, a esa Cruz sobrellevada entre los rigores del Cister que tan fácil le hubiera sido dulcificar si hubiese accedido a la más mínima de las múltiples regalías que le ofrecían grandes y pequeños, admirados de su santidad.

Cuando el llamado de la Gracia le indicó el camino de su vocación, fue inútil y vano empeño la pretensión de retenerlo en el mundo. A la vehemencia del llamado unió Bernardo su propia vehemencia; el resultado fue que hermanos y amigos vistieron como él el hábito blanco de los cistercienses. Hasta su padre y el más pequeño de los herederos de la casa paterna a quien los hermanos dejaron la herencia, terminaron por librarse de cuantos bienes les ataban al siglo y abrazaron la pobreza monástica!

Hecho Abad de Claraval tuvo que defender su hábito. No faltó quien atribuyera a presunción y soberbia las aparentes novedades introducidas por el Cister en la vida cenobística. Nuestro santo, con la firme mansedumbre que le caracterizaba, mostró dónde estaba la novelaría, la presunción y la soberbia; señaló cómo el espíritu maligno del Fariseo de la parábola suele infiltrarse hasta en los mismos claustros, y dejó aclarado para siempre cómo dentro de la Unidad indestructible de la Iglesia cabe la más rica variedad de vocaciones. Justo es que los Obispos puedan desentenderse de la pre-ocupación del sustento y tuviesen el beato con que el pueblo fiel rodeaba sus santas vestiduras; bien está a los monjes de Cluny vivir alejados de tareas burdas y serviles, pues la Madre común halla provecho en ello (pero sería acaso razonable censurar la

## JERARQUIA DE PROBLEMAS

Los espíritus reflexivos tienen la grave obligación de meditar seriamente sobre la orientación que, en este excepcional momento, corresponde imprimir a nuestra política. Decimos simplemente política, porque entendemos que la política interior está en función de la exterior y que ésta, a su vez, está influenciada por aquella.

Partamos, como de premisa, que nuestra política ha de fundarse en realidades naturales, que se presentan, de por sí, sin provocación artificial. Ahora bien; hay un hecho real y fundamental —podríamos añadir que hay uno solo— alrededor del cual, el país entero se une y en el cual coinciden los intereses reales de la comunidad argentina. Es el hecho de nuestra soberanía, es decir, la resolución firme hecha carne en la voluntad de la nación, de defender, a cualquier precio, la libertad de nuestra determinación.

El discurso del Sr. Ministro de Relaciones Exteriores ha demostrado, en forma defini-

austeridad y desmudez que hizo de Claraval una morada de ángeles?

¡Y cómo amaba Bernardo la prodigiosa fecundidad de la Iglesia! Movidó por la Caridad se le veía alentar las más diversas iniciativas, y sin incurrir en los errores del activismo moderno, jamás quitaba la primacía a la contemplación. "¡Qué gloriosos regresan, vencedores, del combate, pero cuán bienaventurados mueren, mártires, en él!" Así hablaba a los Caballeros del Temple, y así les enseñaba a poner por encima del ideal tan humano del triunfo, el deseo sobrehumano de ver de una vez por todas la Majestad infinita de Dios. Por eso su voz, cuando llegó el momento de la Segunda Cruzada, sonó como clarinada angélica en los campos de Francia y de Alemania, y las huestes de Luis y de Conrado acudieron a esperar la Resurrección en los Santos Lugares de Oriente.

En los días de Bernardo el Enemigo trató de herir a la Iglesia con el Cisma. Se valió para ello de un falso cristiano de auténtica procepsia judía. Petrus Leonis pretendió la tiara de San Pedro, y Roma fue profanada por un antipapa. El Padre Santo, hostigado por el oro judaico y el poder pagano de los capitanes romanos, tuvo que refugiarse en Francia. La Cristiandad le fué fiel, pero hubo excepciones dolorosas: la Italia del Sur y Aquitania tuvieron el triste privilegio de ser baluartes del antipapa Anacleto... El Sacro Emperador Romano Germánico puso su espada al servicio del Sumo Pontífice y el Santo Abad de Claraval su celo infatigable. Juntos, así, Inocencio, Lotario y Bernardo (¡Fe, Esperanza y Caridad!) conjuraron el peligro.

"Te rogamos y nos despreciaste; he aquí que hacia ti se adelanta el Hijo de la Virgen, cabeza y Señor de la Iglesia, el mismo que tú perseguiste zacasos también le despreciarás? ¡Acaso también a El, como a sus siervos, tendrás en menos?" Con estas palabras, al tiempo que alzaba con sus manos el Cuerpo recién consagrado del Señor, Bernardo postró en tierra a Guillermo, Duque de Aquitania, y le arrancó del error. Para el Santo no hay obstáculo insuperable: si sus palabras no logran conmover a los herejes y cismáticos, recurre a la acción sobrenatural directa. Ni la ciencia de Abelard ni la tosquedad de Guillermo pudieron resistir a la violenta santidad de Bernardo.

tiva, que la realidad de la soberanía une a todo el país.

Pero el país que se une, sin titubeos, frente a esta realidad, se desune y se divide tan pronto como se proponen objetivos concretos de política interior. No es un secreto que la política gremialista que puede halagar o considerables masas del país, produce disgustos en otros sectores respetables de la comunidad; que el revisionismo de los grupos empeñados en la orientación nacionalista de la educación provoca alarma en medios de otras tendencias u opiniones; que el programa de regulación de la industria o de las actividades agrícola-ganaderas suscita preocupaciones y aún descontentos en otros intereses, dignos de consideración.

No queremos juzgar la validez de estas iniciativas. Creemos simplemente que, en estos graves momentos, es tan fundamental la unidad del país en torno de la política internacional, que todos los objetivos internos, por respetables que sean los intereses que conllevan, deben subordinarse a las supremas conveniencias de la política internacional.

En otras palabras, que mientras duren las circunstancias internacionales conocidas, hay



Pero entre todos los títulos del Santo, hay uno que lo honra más que los demás, puesto que asocia su gloria a la de la Dulcisima Madre de Dios. ¡No en vano la Iglesia celebra su tránsito dentro de la octava de la Asunción de Nuestra Reina y Señora! Porque nadie le ha superado en las alabanzas de María, ni en la intuición de la transcendencia mística de su culto. Por eso cantan los monjes: "¡Bernardo, Doctor meliflúo, amigo del Esposo, pregonero magnífico de la Vir-

gen Madre, brilló en Claraval como pastor preclarísimo!"

A los sesenta y tres años de edad, con más de cuarenta de vida monástica, sin haber concedido el más insignificante regalo a su carne, entregó Bernardo su alma al Señor. Desde entonces, aquel a quien en su vida terrena el pueblo fiel tuvo como guía y Doctor, lo tenemos de intercesor ante Su Divina Majestad.

SANTIAGO DE ESTRADA.

que evitar, en toda forma, el suscitar problemas que pueden romper la magnífica unidad nacional, operada alrededor de nuestra soberanía.

NUESTRO TIEMPO.

## NOTA BREVE

Entre nosotros hace falta preparar una política. ¿Que se prepare una política? Sí, porque la tarea a emprender es de largo aliento: el largo aliento olímpico de los pechos en las carreras de resistencia.

Los improvisadores andan por el corto tramo y desconocen los obstáculos. Su exitismo los lleva trafagando sobre la cresta de la ola, cerca de la rompiente. Su exitismo los arranca de que no les interesa lo durable, lo que permanece. Improvisadores son, en respuesta, los que no saben premeditar. Pero precisamente la premeditación, vale decir una meditación de doble fondo, con segundas intenciones que amagan o van bajas, resulta indispensable para hacer política. ¿Pre-

cipitarse no es la más estúpida y desairada manera de no llegar a tiempo?

Claro, la política es un juego. No se quiere negar su natural condición de juego que irrita a los eufóricos tragaldabas de tópicos. La política es un juego como la liturgia es otro. El juego más humano y más divino juego. La política es al Estado lo que la liturgia es a la Iglesia. Lo mismo que la Iglesia se regocija en su liturgia, el Estado se regocija en su política. De donde, las naciones sin política, como las confesiones sin liturgia, carecen de expresión y, en última instancia, de cultura.

Ahora que en este juego político, no se aconseja apostar sin ver las cartas. En este juego hay destreza, también paciencia y, después de todo, y como en todo, azar. El azar interviene de sopetón del destino. *Aucilla fidelis del destino.* ¡Pero qué torpe y oscura actitud la de entregar a la suerte lo que debe ser confiado a la destreza!

Las fórmulas de inercia se distinguen por una procaz infalibilidad que les sirve para eludir soluciones o remitirnos a otra cosa. Si se trata de afrontar, por ejemplo, el problema político esas fórmulas nos señalarán

el problema social o el de las ideologías. De ahí que para descubrir si una postura avanzada no es sino una manifestación inerte sólo se requiera establecer su modo y cuanto de infalibilidad.

Toda revolución se ordena en el dominio concreto de la política. La obra revolucionaria exige recomponer primero el planteo político. De suyo la revolución no constituye ni un sistema político, ni una forma de gobierno, ni un orden permanente. No desconocemos, entendiéndose, la existencia de una normalidad revolucionaria, ni anteponeamos categorías abstractas y formales a la fuerza eficiente de un orden revolucionario real. Decimos esto: una revolución es la resultante o el producido de una crisis, es textualmente un hecho crítico. Esa crisis subsistirá mientras subsistan los factores que la provocaron, mientras la revolución no verifique sus causas. Pero un desarrollo logrado de revolución tiende a restablecer el contacto entre legalidad y realidad, a revisar, pues, de acuerdo al presente vivo del país, los ideales políticos, las funciones del Estado, las directivas de cultura y hasta la misma imagen de la patria.

La revolución no es el comienzo del trastorno sino el efecto del trastorno. Y cuando el trastorno se elimina, el proceso revolucionario concluye en el doble sentido de que llega a su término y logra su objetivo. La célebre dinámica saturnal de las revoluciones, la famosa movilidad de sus etapas responde precisamente a esa íntima ley de penetración y de equilibrio por la que se restauran los organismos sociales, como si fueran, como lo son, organismos vivos.

Heine —si con la excusa de su celebridad, se me permite la cita— desde París, en 1832, escribía: "Mientras la revolución no está terminada, mientras la transformación de las instituciones no concuerda por entero con la cultura intelectual y las costumbres y necesidades del pueblo, la enfermedad del Estado, por así decir, no está tampoco completamente curada".

La revolución es un hecho social en bruto que debe ser informado por una política, y una trayectoria en blanco que debe ser cumplida por un movimiento dirigente.

Por eso los temas políticos de la revolución trascienden el hecho revolucionario y trascienden las consignas revolucionarias. Y por eso han de cultivarse con esmero y sin lujo, de modo que no escarnezcan la realidad, la realidad nacional, concebida ésta no como una serie de pasados en vitrina, no como una realidad yerta, y sí como el curso de un río que nunca muda de cauce, como una realidad diversa, fluente de generación en generación.

Habría que inventar aquí, una bolsa de valores revolucionarios, para que algunos acobaran de advertir cuales son los que se cotizan de veras. Entonces a la luz de esa estadística, medio pitagórica, se reconocería que el gran tema y la gran prédica y el gran fin y la gran aventura de la revolución consisten en afirmar una política exterior, que junto al país en el hallazgo de sí mismo. La revolución, privilegio de la soberanía —y la soberanía, fuente de la revolución— constituyen una dialéctica segura. A los que postulan la baja del valor Soberanía hay que excluirlos del mundo-comunidad de los argentinos y arrojarlos al bárrato. (El mundo-comunidad de los argentinos: limpieza de origen, mezcla de sangre, patrimonio pródigo, y paisaje.)

Que de todo esto y con todo esto avance en forma una nueva política. Una política que cuando se adelante sienta atrás el país y no el vacío; una política que llegue a todos, como llega hasta el último oyente, la palabra del excelsa orador.

MARCELO SÁNCHEZ BORONDO.

## BOSQUE SACRO

Esperemos, hermana, que en el bosque que sueña,  
Esa luna de otoño serenamente ascienda:  
Entre lo luminoso de un vaho tornadizo,  
Blanquearán los caminos, colmados de horror místico,  
Y veremos entonces flotar de fresno en fresno  
De las horas eliseas el tenuísimo velo...  
¡Oh, silencio, que sólo ha de turbar, lejana,  
Allá detrás del soto, oculta y recelada,  
La fuente de sollozos quebrados!...

Virginales,

Discurrirán las formas y luego, por instantes,  
Se mostrarán las Musas, entre sus pliegues amplios,  
Marchando en armonía por los senderos pálidos.  
Y así en esta selva vaga y adormecida  
Que ya parece, hermana, la sombra de sí misma,  
Con el alma perdida en un coloquio lánguido,  
Tú y yo sembraremos dos Manes azulados.

LOUIS LE CARDONNEL.

Amigo de Mallarmé, y como tal muy pronto desdénso de los halagos de la popularidad sin estima y del éxito sin prestigio, Louis Le Cardonnel supo acercarse a la religión sin desprenderse de sus profundas preocupaciones de humanista. Fue benedictino y fué franciscano. Lo fué siempre según el espíritu y a veces según la disciplina. París —189, rue de Rome—, el cenobio de Lágugé, el monasterio de Asia y el luminoso Avifón de las convalecencias largas pusieron marco diverso a las etapas fundamentales de su resulta e interrumpida promoción íntima. El celosismo de sus orígenes no le impidió ser un poeta de la más depurada latinidad, ni tampoco la incontrastable aristocracia de su inteligencia

le fué estorbo grande para un largo y amistoso ministerio de poesía límpida y de caridad graciosa.

Esta conciliación de actitudes recuerda un poco —aunque en tono menor y con muy otro estilo— los ademanes, un tanto rudos pero ejemplarmente perentorios, de algunas de las más valiosas integraciones claudelianas:

La producción poética de Louis Le Cardonnel ha sido recogida en dos tomos por la Sociedad del Mercure de France, París, 1928. I: *Poèmes, Chants d'Ombría et de Toscane* (Carmina sacra). II: *Orphica, Epigrammes, Élégies chrétiennes, Méditations et cantiques* (Carmina sacra). De l'une à l'autre aurore.

ANGEL J. BATTISTERA.

## PROBLEMAS DEL CAMPO

Existen varias formas de practicar el "dumping". La más lógica, quizás sea la que consiste en subsidiar la exportación, la cual, también es posible forzar mediante juegos de cambios. Pero el método más ruinoso, en cambio, es imponer sacrificios a la población para "producir barato", y limitar su consumo interno con miras al aumento del volumen exportable. Este último método eligió la U. R. S. S. durante su primer plan quinquenal.

Pero, generalmente, el beneficio que puede reportar una operación de esta naturaleza, no compensa el sacrificio que ella supone, por cuanto los estados importadores, celosos de su economía interna, se oponen al "dumping" —cualquiera sea su forma— elevando barreras aduaneras a medida que los costos del país exportador disminuyen.

Así, pues, "producir barato" resulta un sacrificio inútil.

Pese a esta evidencia, parecería ser que la condición de nuestra economía fuera "producir barato". Es un hecho sabido que nuestros productos agropecuarios de exportación son los más baratos del mundo. Y es un hecho también, que en ninguna ciudad del mundo se come tan barato como en Buenos Aires.

La forma de "dumping" más ruinoso, digamos, es la que consiste en imponer penurias a la población rural y esquilmar las tierras. Esta es la que hemos elegido.

Tal política sería admisible, y hasta inevitable en ciertos casos desesperados, pero no lo es, ciertamente, en la actualidad para la Argentina.

"Producir barato" sólo reporta beneficios a quienes nos compran, porque nuestros productos, por baratos, se estrellan contra crecientes trabas aduaneras, sanitarias, y otras. Nuestro esfuerzo sólo sirve para alimentar

las arcas de los países importadores, de alto nivel de vida.

Para nosotros queda, como saldo, la miseria de 450.000 productores rurales, jefes de otras tantas familias, y la de "un millón y medio de trabajadores del campo que de ellos dependen y que sufren en sus necesidades más vitales" (1).

Y también queda para nosotros el empobrecimiento de la tierra.

Los hombres que situaron nuestra economía bajo el signo de "producir barato" son los mismos que han urdido la fábula de la "riqueza inagotable de nuestras tierras". Se han equivocado en ambos casos. Nuestras tierras eran ricas, es cierto, como que eran tierras vírgenes. Tenían acumulado en sí un capital, un potencial de riqueza, fruto de siglos y de siglos de pacientes transformaciones. Pero ya se puede observar —y lo notamos quienes estamos en contacto con la tierra— ciertos síntomas de agotamiento de ese capital. Pérdida de los alfalfares, hipocalcemia, aparición de malezas invasoras —abrepunos, oliva y otras— son indicios que deben inducir a meditar. Agreguemos el hecho significativo de que el rendimiento medio del trigo permanece estacionario, no obstante los innegables adelantos de la genética.

Ni el industrial vende, ni el propietario de inmueble alquila, como norma general, por debajo de un determinado "costo", dentro del cual incluye una partida más o menos importante para "amortizaciones". Nosotros, en cambio, hemos vendido, y seguimos vendiendo, millones de toneladas de novillos, de trigo, de lino, y de maíz, sin atribuir valor alguno a la amortización de la fertilidad del suelo. Giramos contra el capital. Nos estamos descapitalizando. "Producir barato" no valorando los miles de toneladas de calcio, de fósforo, de potasio, que significan aquellas exportaciones, es un suicidio.

Con criterio parecido, también talamos nuestros bosques.

Se nos planteará, pues, sin tardar, la necesidad de restituir al suelo, con abonos y mediante adecuados métodos de cultivo, lo

que ahora le arrancamos insensatamente para "producir barato". Sería conveniente prever desde ya, porque cualquiera de estas operaciones incidiría pesadamente sobre los costos. No podremos, por mucho tiempo más, seguir produciendo lino a 10 pesos mientras el mismo se cotiza en Minneapolis a 40, ni trigo a 8 si está a 18 en Chicago, ni nuestros novillos podrán seguir valiendo 180 pesos en las pampas, mientras su equivalente, en una pradera escocesa, vale 600.

En Francia, con fletes kilométricos muy inferiores a los que pagamos, asignan para abonos una partida equivalente al doble, y hasta el triple del arriendo. Este solo factor —no hablemos por ahora de mejorar niveles de vida— elevaría 30 % los costos de producción argentinos.

Es indispensable, y urgente, repetimos, prever esta eventualidad. No dejarse sorprender. Podríamos prepararnos, por ejemplo, destinando un por ciento del valor de la producción de cada parcela para crear un fondo de reserva en vista a abonos futuros; o bien restituyendo al campo los huesos del ganado extraído, una vez faenado; también podría ser conveniente limitar la exportación de ciertos granos, fomentando en vez su transformación en carne sobre los mismos campos de agricultura, con lo cual, además de la conservación del "humus", se conseguiría que nuestros forrajes no sirvieran en el exterior, como sirvieron siempre, para producir carnes que luego son un obstáculo para la colocación de las nuestras; otra solución podría ser limitar la explotación continua, repetida y exhaustiva de los campos, obligando a la formación de barbechos, y sobre todo estableciendo rotaciones adecuadas, medidas estas que podrían extenderse, en ciertos casos, hasta la prohibición de cultivar cereales, y la limitación del pastoreo; también, entre las posibles medidas de recuperación, la creación de bosques en millones de hectáreas ya esterilizadas o muy agotadas; y así existen otras muchas soluciones que no es del caso detallar por cuanto han sido ya perfectamente definidas por todas las agronomías del mundo, inclusive la nuestra.

Pero, insistimos, cualquier medida de conservación o de recuperación acarrea, "ipso facto", el encarecimiento de los costos de producción.

Es indiscutible que sólo un justo precio de los productos de la tierra puede dar la holgura requerida para el planteo de una explotación conservadora de la riqueza básica, y para permitir, además, mejorar los niveles de vida en el campo, obra ésta que interesa a nuestro gobierno, pero que sería utópico pretender realizar mientras nos propongamos, simultáneamente, "producir barato".

PABLO HARY (hijo).

(1) De la Declaración del XX Congreso Rural de C. A. R. B. A. P. — La Plata, 1942.

## MUSICA FESTIVAL MAURICE RAVEL

Tres composiciones de Maurice Ravel — "L'heure espagnole", "L'enfant et les sortilèges" y "La valse"— integraron el programa del reciente Festival Ravel en el Teatro Colón. Las tres obras, tan distintas entre sí, formaron un conjunto suficientemente representativo de la personalidad del autor, uno de los músicos más interesantes y extraños de este siglo.

Con perfecto aplomo e ilimitada fe en sus propias fuerzas Ravel parece complacerse en la búsqueda de dificultades y peligros. Música imitativa, "pastiche", todo lo que hace poner el grito en el cielo a ciertos puristas tan llenos de principios como vacíos de talento, constituye su terreno predilecto. "To-



mad un modelo, imitado. Si no tenéis nada que decir lo mejor que podéis hacer es copiar. Si tenéis algo que decir vuestra personalidad aparecerá mejor en vuestra inconsciente infidelidad". Estas palabras de Ravel, más que una defensa del "pastiche" son una manifestación de confianza en el talento, aun en las circunstancias más desfavorables. Como si dijera: "El que tenga talento, haga lo que quiera", que nos trae a la memoria el "fac quod vis" agustiniano.

De hecho, el talento de Ravel ha superado siempre la rebeldía de la materia y las asechanzas (tan peligrosamente sutiles) del ambiente. Con toda naturalidad nos dice las cosas más originales.

Despectivamente se le ha llamado "horloger suisse" y se le ha acusado de frío, cerebral, formalista, insincero a causa del pudor en la expresión de los sentimientos, la perfección de la forma, el riguroso control de todos los elementos, el perfecto cuidado del detalle y del conjunto. El mismo ha dicho de sí que era "naturellement artificiel" intentando una defensa innecesaria.

Lo cierto es que sus obras son un dechado de equilibrio, elegancia, "esprit", frescura y alegría casi infantil (la "tristeza" raveliana nunca pasa de una tranquila melancolía muy siglo XVIII).

La comedia musical "L'heure espagnole" (compuesta en 1907) si bien denota ya el gran talento del autor por la profusión de detalles admirables, no da, con todo, esa sensación de acabada perfección que experi-

mentamos ante algunas de sus obras posteriores; la influencia wagneriana resulta bastante perturbadora.

"L'enfant et les sortilèges" (ópera-ballet), muestra, en cambio, al arte raveliano en su apogeo. Es una obra "bella" en toda la comprensión del término. La prodigiosa técnica de Ravel resuelve fácil y felizmente los más intrincados problemas. Sin comprometer la unidad de la obra, en un verdadero alarde de habilidad, mezcla Ravel elementos tan dispares como el "jazz" y melodías arcaicas; un complejo desfile de caracteres (desde lo clownesco hasta lo más refinadamente poético) confiere a la obra singular riqueza y variedad.

En "La valse" tenemos un ejemplo de estilización magistral; no se sabe que admirar más: el equilibrio orquestal, la vida rítmica o el efecto alucinante del perpetuo "crescendo".

En cuanto a los intérpretes se desempeñaron en su mayoría con altura y autoridad. Wolff, insuperable intérprete de música francesa, Clara Oyuela en el papel de El Niño, Lydia Kindermann, Rogelio Baldrich y Felipe Romito, tuvieron la más destacada actuación, así como al cuerpo de baile. De muy buen gusto el vestuario y los decorados de Héctor Basaldúa.

PEDRO A. SÁENZ.

## VIDA INTELECTUAL

### QUERRELLA DE CLASICOS Y ROMANTICOS

Por guardar estrecha relación con la noción de cultura —tan tironeada hoy en día—, vemos la necesidad de dedicar algunas reflexiones a lo que podría llamarse el sentido de la continuidad, que acentúa un aspecto de la palabra consagrada tradición, que es el que interesa a nuestra nota.

Se había dado en oponer —y fué enconadísima la querrela a fines del pasado siglo y en el primer cuarto del que vivimos— a dos escuelas literarias, la clásica y la romántica; a poco andar se advirtió que la querrela trascendía el campo formalmente literario y que en realidad enfrentaba dos modos de vida. Variados matices asumieron las capillas derivadas de ellas, enrolándose los neófitos bajo una u otra bandera según sus preferencias políticas y sociales; señal de que la disensión era más profunda y abarcadora, pero como en tantas crisis la sensibilidad artística había percibido y revelado primero lo que al cabo iba recién a llegar a los otros sectores sociales. Piénsese que esto alcanzó a la época en que se hablaba gravemente del arte por el arte. (Al paso anotemos que esa fórmula, algo opaca y equívoca como toda fórmula, sería legítima en la medida que pueda traslucir el respeto de la obra en cuanto tal, el propio bien de ella, con independencia del bien del artista y a veces a despecho del bien querido por él). Así se hablaba y por muchos sinceramente mientras subyacía la tremenda discordia.

Como dijimos, apuntó en el campo literario debido a la mayor acuidad de los artistas, pero no porque sólo a éstos afectara; en un segundo momento no pudo escapar que se extendía a lo político y social, y en un tercero, que era —sino ajena a la literatura, que sería mucho decir—, a lo menos primordialmente social y político. Quede entendido que hablamos de momentos a los solos fines de la claridad.

Una frase de Moréas desfalleciente a su amigo Barrés, interpretada de mil maneras, contra lo que podía esperarse, hizo reavivar la llama: "No hay clásicos ni románticos; esas son tonterías".

No eran palabras esotéricas las de Moréas, no eran ningún santo y seña; no significaban, no podían significar desconocer la realidad del antagonismo clásico y romántico con toda la riqueza de sus implicancias.

## NUESTRO TIEMPO

Revista Semanal

LOS TEMAS DE HOY

y el

PENSAMIENTO TRADICIONAL

Dirige Julio Meinvielle

Colaboran los mejores escritores

Aparece los viernes

Suscripción anual \$ 10.—

Por semestre \$ 5.—

Número suelto \$ 0,20

Dirección y Administración:

Sarmiento 930 6.º B — U. T. 35-4800

Querían tan sólo trasuntar el punto crítico a que la lucha había llegado; nada parecía, en efecto, tenerse ya en pie, ni siquiera el asiento mismo de la civilización, que ambas no podían menos que presuponer so pena de llegar al aniquilamiento total.

Bajo tal perspectiva, mediando una razón de subsistencia, las sobredichas oposiciones empalidecían, pasaban tan a segundo rango que pareciera mesquino y necio seguir haciendo en ellas hincapié. De ahí la exclamación: ¡No hay clásicos ni románticos; esas son tonterías!

Llegado a este punto podemos volver a lo que hemos llamado arriba sentido de la continuidad.

Tradición no es sólo lo transmitido por nuestra generación antecesora sino lo que también viene de más atrás y, en este remontan, hay que incluir lo que se llama el depósito cultural de nuestro pueblo inserto en la comunidad occidental. Pero no es algo de-

fructivamente hecho sino un permanente hacerse; no es un recostarse sobre el tronco de la pretérito para aliviarse la tarea, como piensan de ella muchos y otros tantos lo practican; postura que se acerca a la opuesta de renegar de todo lo pasado y erigirse revolucionariamente sobre un mundo raso para dar rienda suelta al capricho imaginativo y a las potencias irracionales. Es poseer el sentido histórico y el sentido intemporal (una de cuyas especies sería el sentido crítico que es como el cedazo del pensador), es decir, saber que se pertenece irremisiblemente a una época pero que también se está ligado a las anteriores que, con las venideras, componen un solo todo.

Tendremos ocasión de volver sobre esto alguna vez, pero por ahora adelantemos con una cita in extenso de T. S. Eliot, que acaba de ser traducido en Buenos Aires: "Ningún poeta, ningún artista cualquier sea el arte en que se ejerce, tiene aisladamente significado. Hay que relacionarlos con los

poetas y artistas que ya no son. No tienen valor aparte, necesitan del contraste y comparación. Y entendiéndose como de crítica estética. No es unilateral la necesidad de que entre sí encajen; cuando una obra de arte nueva aparece conmueve de consuno a todas las anteriores obras de arte. Las obras existentes forman entre sí un orden ideal que se modifica con la introducción de una obra de arte nueva, realmente nueva. El orden existente se veía completo antes del arribo del nuevo; para que siga subsistiendo después, tiene que sufrir una alteración, aunque apenas más lo sea; y por tanto las relaciones, escalas, valores de cada obra de arte, respecto del todo, han de ser reajustadas. Tal es la conformidad de lo antiguo y lo nuevo... El pasado sufre la alteración del presente tanto como el presente sufre la dirección del pasado".

GASTÓN TERÁN E.

## CONCEPTOS INTERESANTES

Reproducimos estos conceptos del discurso del Interés de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires, Arquitecto Carlos Mendioro, pronunciado en el Aula Magna de la misma Facultad el 18 de junio del corriente año, en el homenaje conmemorativo del General Belgrano, creador de la bandera nacional.

"Desde aquellos remotos tiempos en que el maravilloso equilibrio de la cristiandad se rompió y comienzan a perfilarse los países como entes independientes, las nacionalidades toman un sentido particular.

Perdido ese extraordinario concepto de la unidad, a causa de la declinación del sentido totalmente cristiano de la vida, que ve el todo como un conjunto orgánicamente dirigido a la perfectibilidad de la naturaleza humana que tiende a la vida sobrenatural, las entidades nacionales se disgregan y olvidan la noción de conglomerado armónico en el que habían vivido y en el que, por otra parte, cada región conservaba con naturalidad sus rasgos peculiares. Analizar y juzgar cual de ambas ideas es actualmente el más conforme con la felicidad del hombre, a nada nos conduciría en esta ocasión. Los ideales no se inventan ni se eligen racionalmente; son direcciones vitales de la historia, cuyas raíces y proyecciones nacen y se entrelazan con la vida misma y su acontecer. Forjar, por ejemplo, ahora en nuestro país, el mismo ideal de vida que el que imperaba en los tiempos del Virreinato, sería tan absurdo como aquella pretendida vuelta a la vida pastoral que enloqueció a la Francia anterior de la Revolución.

Las causas por las cuales el mundo occidental se disgregó son tan profundas y diversas, que sólo podrán liquidarse a través de los siglos en la historia. Como todo aparece la unidad, pudiese racionalmente concluir que el ideal último de la humanidad consistirá en la unión fraternal de todos los pueblos bajo un solo mando en lo temporal y uno solo en lo espiritual. Pero, cuidado, no sea tal aspiración, encarnada incluso para conseguir quien sabe que apéndice terrenal de poderío. Esa última unidad sólo podrá legítimamente llegar — si llega — cuando los pueblos, después de una depuración espiritual e intelectual auténtica, hayan cumplido todas las justificaciones que el desarrollo de conceptos filosóficos y sociales tardados haya merecido. Y no es posible en nuestros días pretender uniones que impliquen declinación de la soberanía, mientras los países que este propósito sólo aspiran al logro de conveniencias de orden puramente material, porque entonces las unidades porfirias que las integran no serían sino meros instrumentos de la política del momento más fuerte. Porque perder la personalidad y la conciencia de sus propios fines, es como perder el alma y dejar de subsistir.

Por eso, mientras sea verdad del género humano, sólo dirigida al verdadero y legítimo bien espiritual y social de la humanidad no se logra — así es que algún día se logrará aquí en la Tierra, en vano más no podría ser sino por obra del cristianismo — intervenir con no sea otra cosa que una vaga aspiración, las naciones son hechos históricos cuya realidad y legitimidad sólo puede ignorarse por mala fe o por error. Nadie puede quitar a los pueblos el derecho a ser lo que el curso de su historia le va indicando, puesto que estos en-

tes nacionales han luchado por formarse, por sobrevivir y por ocupar un lugar en la historia. Las guerras mismas son instrumentos de su desarrollo porque la guerra es en la realidad el último recurso a que se llega cuando han fracasado los de otro orden. La única limitación a la voluntad de una nación, radica en los límites que le impone la inmanente justicia, cuya discriminación, por otra parte, resulta difícil a los mortales.

Por eso decía que, mientras ese ideal lejano y tal vez utópico de reconstrucción no se alcance, las naciones tienen una personalidad que han asumido ellas mismas en defensa de la propia civilización a que pertenecen. Las naciones tienen un fin en sí propio, un fin particular, si se quiere, semejante a los fines particulares y propios del individuo, porque la ordenación última del ser se manifiesta en sucesivos ordenamientos parciales en toda la escala de la existencia, como maravillosa demostración de la total unidad y de la armonía de las partes entre sí y de las partes con el todo, que es la suprema ley de la eterna proporción y belleza".

## RESEÑA DE LECTURAS

HISTORIA DE LA HISTORIOGRAFÍA UNIVERSAL, por A. de Gubernatis. Prólogo de Rómulo D. Carbia. Epílogo de J. F. Turrens. Ediciones C. E. P. A. Buenos Aires.

He aquí un libro que muestra clara y objetivamente el proceso historiográfico. La obra del condde de Gubernatis, que aparece ahora en español, actual-

izada y anotada por el Dr. Rómulo D. Carbia y el profesor Turrens, es la primera obra que abarca en nuestro idioma, la totalidad del panorama historiográfico. Trabajos menores ya había. Ninguno de la envergadura de éste. El que trate de iniciarse en la historia de la historiografía encontrará en esta obra un guía seguro y eficaz.

La dedicación del Dr. Carbia a su materia hizo factible la publicación de esta obra. Si se tiene en cuenta lo arduo de la tarea no se podrá menos que valorar en toda su intensidad el valor de la edición. Confieso que, cuando tuve en mis manos el original italiano, no me interesó mayormente. Su atraso estaba a la vista, cosa que lamenté, pues me atraían la seguridad y exactitud de las afirmaciones. Así, en español, en esta edición de C. E. P. A., el de Gubernatis aparece un libro escrito hoy.

Dar un concepto cabal de lo que es y de lo que pretende ser la historiografía, es empresa delicada. Los límites de la disciplina son muy imprecisos y se trabaja con una serie de términos indiferenciados u de matices muy relativos. A veces se confunde con la filosofía de la historia — o historiología, como dicen los filósofos del nuevo perfil —. Otras, con la crítica histórica, etc.

Decir historiografía es, por una parte, insinuar un problema axiológico. Por la otra, una cuestión de técnica histórica — historia del método y la crítica histórica. Pero, además, su contenido intrínseco va a relacionarse directamente con la historia de la cultura — o sociología de la cultura, como dicen Weber y Freyer. Los tipos historiográficos, de reciente discusión en la disciplina, representan el modo real y efectivo en que se da la historiografía. Sistemáticamente que sólo aparece como iridescencia de la historia de la cultura.

Ejemplo patente de todo esto es el libro de Gubernatis. Lo que en él aparece como insinuado en las interlineas es tan importante como su contenido expreso. Aparecido en un momento en que la historia del espíritu se detiene y comienza un lento movimiento de autvaloración; autvaloración que sería autorreflexión y, por consiguiente, ajuste riguroso de las partes. Hecho que se da tanto en la historiografía como en la historia de la filosofía (\*).

Pero la historia no se agota en los hechos. Se materializa en las figuras de los historiadores que la van realizando. De aquí que la historiografía sea sea sólo sociología de la cultura o historia del método sino, en forma más acentuada, comprensión de lo individual. De aquí al historicismo no hay más que un paso. Idea que también se halla latente en el libro de Gubernatis, pero sin caer, por ello, en los excesos que representa el historicismo. Historicismo que, como todos los excesos, es sistemáticamente impertinente, como ya lo denuncié en estas mismas páginas el padre Meinvielle; a fuerza de ser en todo la historia... acaba por creer que todo es historia (\*\*).

Hasta falta en español una obra como ésta. Máximo si se tienen en cuenta las características enunciadas que constituyen la mejor apología de la obra y del autor. La prohibición intelectual del doctor Carbia, el saber del profesor Turrens contribuyen, en alto grado, a realzar la edición española.

(\*) Véase E. Bréhier: *The Formation of our history of philosophy*. Trabajo que, junto a otros sobre el mismo tema del propio Bréhier, intenté resumir en *Logos, Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, Año II, N.º 8, págs. 121-135.

(\*\*) Dilthey y la Filosofía del Ser. *Nuestro Tiempo*, N.º 2.

J. A. G. M.